

Era el festin : en ráfagas la llama  
Inundaba la estancia, y en los árboles  
Resbalaba profusa, convirtiendo  
En fantásticos grupos sus ramajes.

Del amplio cenador, seda y armiño  
Suspendieron pomposos cortinajes;  
Y era de un solo espejo el ancho muro,  
Y sembrados de soles sus cristales,

Entre claveles que su labio abrian,  
Entre acacias y nardo y tulipanes,  
Que como ébrios de luz se reclinaban  
De estatuas en los blancos pedestales.

De trecho en trecho, en medio de la estancia  
Se levantaban fuentes deslumbrantes,  
Sacudiendo entre plúmbagos y almendros  
Y enredaderas bellas, sus diamantes.

Las fuentes el carril interrumpian,  
Donde brindaba el arte los manjares  
En grupos caprichosos, do en tumulto  
Se elevaban columnas y pirámides,  
Sobre dorados cestos de las frutas  
Asomaban sonriendo entre el follaje.

Era una insurreccion de luz, de aromas,  
De música, de amor y de beldades,  
En que el iris, rompiendo sus matices,  
A todo daba luminoso realce.

¡ Oh! cómo se miraba la luz pura  
A los hombros de nieve abalanzarse,  
Iluminando pechos que temblaban  
En sus nidos de perlas y de encajes!

¡ Oh! cómo triunfadora la hermosura  
De pasión inundaba los galanes!  
¡ Oh! y cómo del placer la intensa fiebre  
Se abrigaba en los senos palpitantes!

Y la óptica falaz reproduciendo  
En salones sin fin, como en los aires,  
Como nadando en llama, los encantos  
Del contento tornaba en celestiales.

Los acentos de amor entre las notas,  
Brotaban esparciéndose irritantes;  
El mirar que acaricia entre las flores  
Cintilaba tiernísimo y brillante.

Del Jerez el topacio se brindaba  
Al través de su muro de cristales,  
Y del Champaña trémula la espuma,  
Sobre el diáfano cáliz rebosante. . . .

Hubo un momento en que imperó el silencio,  
Como queriendo el gozo renovarse,  
Y en ese instante . . . percibió el concurso  
De canto lastimero eco distante. . . .

Y como el alma humana se enamora  
Y le seduce el viso del contraste,  
Que se indagara del extraño canto  
Ordenaron mil voces á los pajes.

“Es el viejo cantor,” dicen volviendo,  
Ese que da sus coplas á las calles,  
Que quiere se le escuche una leyenda  
Que á la deidad de nuestra fiesta trae....

Unos dicen: “limosna;” otros censuran  
Aquella aparicion como un ultraje,  
Y Lilia ordena que al coplero anciano  
Con respeto y cariño se le llame.

Apareció el cantor: su triste frente,  
Ni se mostró humillada, ni arrogante;  
Mudo é inmóvil se quedó el concurso,  
Y él prorumpió despues de serenarse....

“Recuerda fiel la memoria

“El tiempo de los torneos,

“De amorosos devaneos

“De altas empresas de gloria,

“En que la mística dama  
“Y el entusiasta guerrero,  
“Y hasta el humilde escudero  
“Cortejaban á la fama.

“En que opulento señor,  
“En medio al fastuoso brillo,  
“Daba albergue en su castillo  
“Al humilde trovador.

“En que á su grata presencia,  
“Todo, sumiso, callaba,  
“Porque sin rival cantaba  
“Entónces la gaya ciencia.

“Y hoy el astuto dolor,  
“A mi pecho vacilante  
“Le pide por un instante  
“Mi disfraz de trovador.

“Y vengo á contar un cuento,  
“Si el concurso me perdona,  
“Que sirva como corona  
“Al legitimo contento.”

El trovador calló, como mirando  
Si le era la licencia concedida :  
Tiene llanto en sus ojos, de su frente  
Las gruesas gotas de sudor corrian.

Alguien mira de reojo al importuno  
Quidam insustancial : "música!" grita,  
Y que hable el trovador, con breve acento  
Viendo al viejo amorosa, exclamó Lilia.

Apoyó en su baston la izquierda mano,  
Limpió su frente, serenó su vista :  
Y á un desierto poblado por estatuas  
El soberbio salon se parecia.

#### CANTO DEL TROVADOR.

"Eranse dos artistas, dos tiernos trovadores  
"Sembrando en su miseria sublime inspiracion:  
"El uno sus hechizos pidiendo á los colores;  
"El otro á la escultura, con férvida pasion.

"Entre ambos compartiendo con fraternal cariño  
"Del infortunio el llanto, de la pobreza el pan :  
"Soñando con sus almas del blanco del armiño,  
"En ricas recompensas del entusiasta afan.

"El pintor los matices del iris sorprendia;  
"Parece que en las hebras del mágico pincel,  
"Estaba como oculta la luz del claro día,  
"Los cantos de la fuente, la pompa del clavel.

"En orfandad de niños, cruzando de la vida  
"En hondo desamparo por el revuelto mar,  
"El arte fué la playa que les tendió sus brazos,  
"El arte fué á sus almas consolador altar.

"Al pintor diera el cielo la fuerza y la osadía,  
"Al escultor ternura le concediera Dios :  
"En una sola llama de santidad ardía  
"Lo más radiante y puro del alma de los dos.

"Pablo, el pintor, calcaba en obediente lienzo  
"De su inspirada mente magnífica creacion,  
"Para abrir á su hermano las puertas de la Europa,  
"Y que emprendiera el vuelo su génio de escultor.

"Y un dia en que las sombras pedia á su paleta  
"Para envolver los cielos en lúgubre capuz,  
"Sintió que de sus ojos la luz desaparecia . . .  
"Y que en la eterna sombra se sepultó su luz.

"El último destello que en su interior quedaba,  
"Se vió cuando se vieron sus lágrimas rodar,  
"Quedándose en las sombras aislado y silencioso,  
"De la muerte los pasos inmóvil á esperar.

“ ¡ Oh juventud hermosa, que en el dolor naufraga !  
 “ ¡ Oh pintor desdichado sin flores y sin sol !  
 “ ¡ Oh eternidad de espera sin rumbo y sin arrimo !  
 “ ¡ Oh mísera existencia sin luz y sin amor !

“ En Alfonso su hermano la sombra proyectaba  
 “ Despedazando fiero su triste corazón,  
 “ Y á su cincel divino remedio demandaba,  
 “ Y un rayo, un solo rayo de ardiente inspiración.

“ Remedio de su Pablo la ciencia predecía,  
 “ El oro de su noche le puede restituir  
 “ Al mundo y sus placeres, al arte y sus encantos,  
 “ Al alma de la vida que alumbra en el zenit.

“ Y acariciando el mármol como rendido amante,  
 “ De su cincel de acero mirábase nacer  
 “ Algo de ideal y puro, de vago y de divino,  
 “ Con rostro de querube, con formas de mujer.

“ Temblaba como carne del mármol la tersura,  
 “ Los labios de la estatua parecen respirar,  
 “ Y su cincel retira del mármol, porque siente  
 “ Que el levantado seno comienza á palpar.

“ En celestial consorcio sobre la frente agrupa  
 “ De su creación la gracia y el tinte virginal ;  
 “ A su cuello de cisne pegó su labio ardiente,  
 “ Cual rendido viajero sus labios al cristal.

“ ¡ Oh Virgen de los cielos ! tu imágen se encarnaba  
 “ En el sumiso mármol premiando la virtud,  
 “ Y en el beso postrero de su cincel triunfante,  
 “ Dijo, pensando en Pablo : *la Virgen de la Luz.*

“ Fué de Pablo la Virgen la tierna compañera,  
 “ Amor de sus amores, sus brisas y su sol ;  
 “ La madre idolatrada, la niña, la flor pura,  
 “ El aroma de vida de un triste corazón . . . .

“ Su corazón ardiente, de la insensible estatua  
 “ Produjo en sus delirios como animado sér :  
 “ Contóle sus dolores, lloró sobre su seno,  
 “ Tuvo alivio y consuelo su inmenso padecer.

“ Los ojos de sus dedos palpaban su hermosura,  
 “ Vivía de su aliento, oyendo en su interior  
 “ Al colocarse al frente de sus helados labios,  
 “ Las notas melodiosas de su celeste voz.

“ Así, cuando pensaba que á venta inexorable  
 “ Al alma de su vida se pudo destinar,  
 “ Dudaba entré el encanto de restituirse al día,  
 “ O encontrar sin su Virgen desierto y orfandad.

“ Y pasaban las horas en vuelo infatigable,  
 “ Envueltas en tristeza y en lúgubre crespon,  
 “ Como cruza las sombras el cárabo nocturno,  
 “ Lanzando como cantos gemidos de dolor.

“Y yo, triste coplero, bastardo del acaso,  
 “Que sazono con cantos el pan del infeliz,  
 “A la Reina del ángel, en medio á los artistas,  
 “Cual madre entre sus hijos enamorado ví.

“Lloré con los dolores, dí aliento á los ensueños  
 “De un porvenir alegre de goces y de luz,  
 “Y derramé mis cantos cual gotas de consuelo,  
 “En el sagrado cáliz de amor y juventud.

“Yo tornaré riqueza la angélica hermosura,  
 “Dije: y á los magnates sumiso buscaré;  
 “Le pediré á mi lira sus cantos más sentidos,  
 “Y luz para tus ojos, ¡oh Pablo! encontraré.

“¿Qué importa que me digan, el soñador risible,  
 “El corredor de cuentos, el bardo insustancial,  
 “Si llevo entre los labios la luz del claro día  
 “Y si llevo en mi pecho de la ternura el mar?

“Así en acecho astuto de la piedad divina,  
 “Alcázares de grandes y templos recorrí,  
 “Y no encontré un resquicio de amor y de consuelo,  
 “Para el que en las tinieblas consúmese infeliz.

“Bellas á quienes ciñen la luz y los encantos,  
 “Los que ostentais donceles, la dicha y el amor,  
 “Verted de vuestras copas, cual lágrima una gota  
 “Para mi pobre ciego, de tierna compasion.

“Un óbolo que caiga de cada blanca mano,  
 “En gozo tiernas almas y en bien inundará:  
 “Tendrá como recuerdo en su suntuosa estancia,  
 “Y augurio de ventura, la Virgen celestial.

“Pensad en los que lloran, magnates de la tierra;  
 “Pensad en que es contento que goce el infeliz;  
 “Pensad ¡ay! en que á muchos la vida les daría  
 “Los míseros desechos de opíparo festín.”

Y creyendo que á punto la ternura  
 Iba á estallar, consuelo de sus ansias,  
 Mandó acercar con imperioso acento  
 Al medio del salón la hermosa estatua.

Ya Lilia estaba en pié... ya le tendía  
 Con noble afán la mano enamorada...  
 Cuando gritó el banquero: “¡Impertinente!  
 “No nos entristezcais... vedme mañana!”

Y cual negra corriente los despojos  
 Y los gusanos de la tierra arrastra,  
 Así siguió la turba al avariento,  
 Haciendo renaciése la algazara.

Pueblan ardientes de Offembach las notas,  
Oyense risas, truenan las palmadas,  
Y del cantor las voces doloridas  
En el tumulto del placer se apagan,

Como tropel de ardientes cazadores  
Que á herido ciervo con placer alcanza,  
Y estalla en gritos de feroz contento  
Cuando contempla sus mortales ansias.

Corrido el trovador, dejó aquel sitio,  
Dando corriente á sus amargas lágrimas;  
Pero al dejarlo . . . al esconder su rostro  
Huyendo del desprecio á las miradas,

Creyó mirar á Lilia, y en sus ojos  
Tesoros de bondad, nidos de gracias:  
Creyó ver en relámpago divino,  
Un mundo de ternura y esperanzas . . .

Así, cuando entoldado el horizonte  
El terror y la muerte nos amagan,  
Rauda corriente de propicio viento  
Las negras nubes poderoso rasga.

Y allí rayos del sol se precipitan,  
Derramando en los montes sus cascadas,  
Dando realce al magnífico paisaje  
Las tristes sombras que en los cielos vagan . . .

¿A dónde va en su carroza  
A dónde la tierna niña,  
La que huella alfombras turcas,  
La que duerme entre cortinas?  
¿Por qué en extraviados barrios  
Su régio coche camina?  
¿Qué busca la jóven bella,  
Qué busca la jóven rica,  
Donde los dolores moran,  
Donde viven las desdichas?  
Al pisar de sus caballos,  
Las pobres chozas se cimbran;  
Sobresalen sus sirvientes,  
Con su lujo y con sus cintas,  
Del techo de los *jacales*  
En que los pobres habitan . . .  
Va por donde mora Pablo,  
Que el desdichado vivía  
Donde hacen paso las casas  
A los llanos que principian.  
Entre unos árboles grandes  
La mansion está escondida,  
Con descarnadas paredes,  
Con rejas que parecían  
De desnuda calavera  
La maltratada mandíbula.  
A distancia quedó el coche,  
Y fuése sola la niña,  
Hasta que el punto deseado  
Encontró sagaz su vista . . .

Era un sepulcro sin losa  
La casa . . . triste y vacía;  
El lecho de dura tabla,  
Una mesa y una silla;  
Pegados á las paredes

Grandes lienzos se veían,  
 Con tan celestes pinturas,  
 Con imágenes tan lindas,  
 Que entusiasmados pensaban,  
 Los que los lienzos veían,  
 Que los ángeles del cielo  
 Perfeccionaban sus tintas.  
 En un rincón, empolvado  
 Estaba en expectativa  
 Como marco sin su cuadro  
 El caballete de artista,  
 Como sin lámpara faro,  
 Como descordada lira,  
 Como casco de una barca,  
 Cadáver de la bahía . . . .

La luz del sol penetraba  
 Silenciosa . . . y se limita  
 A calcar en los ladrillos  
 Su entrada á la estancia exígua.

Y á la luz aquella, al frente  
 De la imagen de María,  
 Veneranda por lo augusta,  
 Por sus perfecciones linda,  
 Estaba el pintor de hinojos,  
 En adoración tan íntima,  
 Que parece que los cielos  
 A la oración asistían . . . .

Ancha la frente, moreno  
 El color de sus mejillas,  
 La nariz proporcionada,  
 La boca breve, expresiva,  
 Y la barba, del que sufre  
 Resignado su desdicha,  
 Al cuello erguido y esbelto  
 Como raudal descendía

El ébano en negras hebras,  
 Que en sus profundas sortijas  
 Remedaban la obsidiana  
 Y á su piel hacen caricias,  
 Como del sauce las ramas  
 Besan la onda cristalina.  
 Pero donde se concentran  
 Luz, amor, ensueños, vida,  
 Es en sus hermosos ojos  
 Que ven el alma sin vista,  
 Abismos de triste sombra  
 Y en triste sombra perdida,  
 Como en naufragio espantoso  
 La luz brillante del día . . . .  
 La niña al pintor mirando,  
 La niña en el pintor fija,  
 Sintió llanto de sus ojos,  
 Dobló humilde sus rodillas,  
 Y habló con la voz del alma  
 Tierna á la Virgen María . . . .  
 Manteniéndose á distancia,  
 Reverente y escondida.  
 ¿Se encontraron las dos almas  
 En esa plegaria mística?  
 ¿Se amaron, se prodigaron  
 En el éter sus caricias? . . . .  
 ¿La estatua desde aquel punto  
 Tuvo la dulce sonrisa  
 Con que al felice creyente  
 En los altares cautiva? . . . .

Yo no sé; pero volvióse  
 A su palacio la niña,  
 Sin alma, porque ya su alma  
 Con el pintor se vivía.  
 ¿Sedujo la niña al padre,